

aflicción y miseria... ¿no es verdad, Alfredo? Pero ya que hablamos de consuelo ¿no diremos algo á vuestra botella de Burdeos?

— Francamente, madama Pipelet, lo que me habéis contado me oprime el corazón : bebed á mi salud con el señor Pipelet.

— Mil gracias por vuestra fineza — dijo el portero : — pero antes de todo ¿queréis ver vuestro cuarto?

— Con mucho gusto, y si me conviene cerraremos el ajuste.

Salió de su antro el portero y Rodolfo subió tras él.

IX

LOS CUATRO PISOS

La escalera siempre húmeda y oscura, lo era aún más en aquel lluvioso día de invierno. La entrada de cada uno de los pisos de la casa ofrecía al observador un aspecto particular. La puerta del cuarto del comandante estaba pintada de un color pardo con vetas, imitando madera ; brillaba en la cerraja un pomo de bronce dorado, y el cordón de la campanilla con grande borla de seda, hacía notable contraste con las vetustas paredes. La del segundo piso, habitado por la adivina y prestamista sobre prendas y alhajas, presentaba un aspecto más singular, pues estaba clavado en ella por las alas y las patas un buho relleno de paja, ave eminentemente simbólica y cabalística. Una ventanilla con enrejado de alambre permitía examinar á los que querían introducirse en aquella misteriosa estancia. Distinguíase también por su especial entrada el cuarto del charlatán italiano, de quien se contaba que ejercía un infame oficio. Su nombre formado con dientes de caballo, estaba puesto sobre la puerta en un cuadro de madera negra. El cordón de la campanilla, en vez de terminar como todos, estaba unido á un antebrazo y á una mano de mono hecha ya momia. Aquel brazo disecado y aquella manecita con cinco dedos con sus falanjes y terminados en uñas, causaba horror, porque parecía la de un niño. En el momento en que Rodolfo pasaba por delante de aquella puerta que le pareció fatal, creyó oír algunos sollozos ahogados, y luego un grito doloroso, convulsivo, horrible, que parecía salido de las entrañas y que resonó en medio del silencio de toda la casa. Rodolfo estremecido, por efecto de un impulso más rápido que el pensamiento, corrió á la puerta y dió un fuerte campanillazo. — ¿Qué tenéis? le preguntó el portero sorprendido. — ¿No habéis oído ese grito? — Sí, señor, será algún parroquiano á quien Mr. Bradamanti habrá arrancado un par de muelas. — Esta explicación que parecía razonable, no satisfizo á Rodolfo, porque el terrible grito que acababa de oír, no sólo le

pareció una exclamación de dolor físico, sino un grito, si así puede decirse, de dolor, moral. Aunque el campanillazo fué violento no respondieron al momento, sino que antes se cerraron una tras otra muchas puertas, y después vió Rodolfo aparecer confusamente detrás de la rejilla en que tenía clavada la vista, un rostro descarnado y cadavérico, cubierto con cabellos rojos y grises enmarañados, y rematando en una larga barba de los mismos colores. Aquella visión desapareció al cabo de un segundo, dejando petrificado á Rodolfo, quien pensó reconocer algunos rasgos muy característicos de ese hombre. Sus ojos verdes y brillantes como los del águila marina, cubiertos de largas cejas pardas y erizadas, su livida palidez, aquella nariz delgada, saliente y corva como el pico de un loro, y cuyas ventanas dilatadas y abiertas dejaban ver una parte de la membrana divisoria, le recordaron á un cierto abate Polidori, cuyo nombre maldijo Murph durante su conversación con Graün. Aunque habían transcurrido quizás diez y seis años sin verlo, mil razones había para que no lo olvidase : pero lo que trastornaba sus cálculos y le hacía dudar de la identidad de los personajes, era que el hombre á quien creía tener delante con el título de charlatán y con barbas y cabellos rojos, los tenía antes negros y era moreno. Si Rodolfo, suponiendo fundadas sus sospechas, no se admiraba de ver á un hombre revestido con un carácter sagrado, á un hombre cuyo grande talento, vasto saber y raro ingenio conocía ; si no se admiraba, decimos, de ver á semejante hombre caer en tal estado de degradación y acaso de infamia, es porque á tanto ingenio, tanto talento y tanto saber, iban unidos mucha perversidad, una conducta desarreglada, inclinaciones bajas y tanto cinismo y desprecio de los hombres y de las cosas, que viéndose reducido á la miseria de que era merecedor, bien pudo buscar recursos deshonorosos, y encontrar una especie de sacrilega satisfacción en ejercer el vil oficio de impudente charlatán. Aunque Rodolfo se hubiese separado del abate Polidori cuando éste se hallaba en lo mejor de su edad, y por más que ahora debiera tener la que ese charlatán demostraba, había entre esas dos personas diferencias tan esenciales al parecer, que dudaba mucho de que fuesen una misma. En tales incertidumbres preguntó á Pipelet si hacía mucho tiempo que Bradamanti habitaba aquella casa. — Cerca de un año, dijo el portero ; es un inquilino exacto, me ha curado un reumatismo terrible ; pero como antes os dije tiene el defecto de ser demasiado burlón, tanto que nada le merece respeto. — ¿ Con que ese hombre es de muy buen humor? — No quiero decir eso, al contrario, tiene toda la traza de melancólico ; pero si no se ríe con los labios, lo hace siempre con las palabras ; para él no hay padre, ni madre, ni diablo, porque de todo hace burla, de todo, y os puedo asegurar que sus chanzas á veces me dan miedo. Cuando entra en mi cuarto y charla durante una hora acerca de las mujeres casi desnudas de los países salvajes que ha recorrido y después me encuentro solo con Anastasia,

entonces, aunque hace treinta y siete años que estoy con ella y me crea en la obligación de amarla, me parece que la quiero menos. Y cuando ha hablado de los festines de príncipes á que ha asistido, para ver el uso que hacían de las muelas que les había puesto, se me quita el hambre y la comida me parece amarga. Mi oficio me gusta, os lo digo francamente : hubiera podido ser zapatero, como el primer ambicioso del mundo, pero me parece que no sirvo menos al público echando suelas á los zapatos viejos; pues á pesar de todo eso hay días en que ese demonio con sus zumbas continuadas me hace arrepentir : os lo aseguro bajo palabra de honor. Y sobre todo cuando habla de esas mujeres salvajes, es en tales términos, que le salen á uno los colores á la cara. — ¿Y tolera eso madama Pipelet? — Anastasia es loca por los hombres de talento, y Mr. César á pesar de su mal tono, tiene mucho ingenio, y ella se lo perdona todo.

— Madama Pipelet me ha hablado de ciertos rumores horribles.

— ¿Os ha dicho algo de eso?

— Sí, pero podéis estar tranquilo; yo soy hombre discreto.

— Pues señor, en cuanto á eso no lo creo, ni lo creeré nunca : sin embargo no puedo menos de pensar en ello, y esto aumenta el mal efecto que me hacen las chanzas de Mr. Bradamanti. En una palabra, odio mucho á Mr. Cabrión y lo odiaré toda mi vida, y sin embargo algunas veces me parece que sufriría mejor las pesadas farsas que tenía la desvergüenza de permitirse en mi casa, que las chanzas que hace Mr. César apretando los labios de un modo tan desagradable, que siempre me recuerda la agonía de mi tío Rousselot, que los apretaba de la misma manera cuando estaba en sus últimos momentos.

Lo que dijo Pipelet acerca de la perpetua ironía con que el charlatán hablaba de todo y de todos, y amargaba las más inocentes chanzas con sus indecentes dicharachos confirmó las sospechas de Rodolfo, porque cuando el abate se arrancaba su hipócrita máscara, hacía alarde del cinismo más audaz y repugnante. Resuelto á salir de dudas puesto que el tal hombre podía estorbarle en aquella casa, y cada vez más dispuesto á dar mala interpretación al terrible grito que acababa de oír, siguió al portero hacia el piso superior en donde estaba el cuarto que quería alquilar. El que habitaba *Alegria* era fácilmente conocido, gracias á la fina galantería del pintor, enemigo mortal de Mr. Pipelet. Al rededor de una especie de *cartela* se agrupaban sobre media docena de cupidos pintados con gusto y facilidad según la máxima de Watteau, y llevaban uno un dedal, otro un par de tijeras, aquel una plancha, éste un espejo, y en medio de la cartela y sobre un fondo azul claro se leía en letras de color de rosa *Mademoiselle Rigolette, modista*. El cuadro estaba rodeado por una guirnalda de flores que resaltaba perfectamente sobre el fondo verde de la puerta. Este lindo tablero formaba contraste con la fealdad de la escalera.

Arrostrando el peligro de conocer las sangrientas llagas de Alfredo, Rodolfo le dijo :

— Esto debe ser obra de Mr. Cabrión.

— Si señor, se tomó la libertad de echar á perder el color de esa puerta con esos indecentes mamarrachos de niños desnudos, que él llama cupidos. Á no ser los ruegos de la señorita ya hubiera yo raspado todo esto, ni más ni menos que la paleta con que ese monstruo embadurnó la puerta de vuestro cuarto. En efecto, en esa puerta había pintada una paleta figurando que pendía de un clavo. Rodolfo entró en el cuarto, que era bastante espacioso, con un lindo gabinete, iluminado todo por dos ventanas que daban á la calle del Templo. Algunos caprichosos esbozos que había pintado Cabrión en la segunda puerta, habían sido escrupulosamente respetados por Germán. Rodolfo determinó tomar este cuarto, y dando un par de francos al portero le dijo : — Me conviene la habitación, y mañana enviaré los muebles. ¿Es preciso que vea al inquilino principal?

— No, señor; á más de que viene muy de tarde en tarde : todos los inquilinos se arreglan conmigo y no es menester sino que me deis el nombre — Rodolfo.

— ¿Rodolfo qué?

— Rodolfo y nada más.

— Es igual y no he insistido porque sea curioso, pues creo que el nombre y la voluntad son dos cosas libres.

— ¿Os parece que como inquilino nuevo vaya á ofrecerme á Morel por si puedo serle útil en algo, ya que mi antecesor Mr. Germán los auxiliaba en lo que podía?

— ¿Por qué no? Aunque les servirá de poca cosa puesto que los echan de casa, pero siempre será una satisfacción. Mr. Pipelet mirando entonces al huésped con aire malicioso, añadió : — Ya entiendo, comenzáis así con ánimo de acabar por ser un buen vecino de la linda modista.

— Por supuesto.

— Y es muy natural. Estoy seguro de que la niña ya ha observado que se miraba el cuarto y que está acechando para vernos bajar. Haré un poco de ruido y mientras tanto vos podéis reparar si lo he adivinado. En efecto, allí estaba la modista, la cual cerró la puerta al advertir que Rodolfo la miraba. — Ya os dije yo que nos acecharía continuó Mr. Pipelet.... pero con vuestro permiso voy á mi observatorio.

— ¿Qué observatorio es ese?

— Al fin de la escalera hay una meseta en donde está la puerta de la guardilla de Morel, y en un rincón tengo un agujero en el cual me meto, y lo oigo y veo todo porque la pared está llena de rendijas. No creáis que yo guste de espiarlos, pero que alguna vez voy allí como se va á ver un drama horrible, y con esto

cuando vuelvo á mi cuarto me parece que estoy en un palacio. Si queréis subir.

— No, gracias, tal vez otro día admita vuestra oferta.

— Como queráis; yo subo y bajo al momento, y os alcanzaré antes que lleguéis á la calle.

Mr. Pipelet comenzó á subir la escalera que conducía á la guardilla, no sin mucho miedo porque en efecto era mala. Rodolfo echaba una mirada á la puerta de la modista pensando que esta antigua compañera de la Cantaora debía saber el paradero del hijo del Maestro de Escuela, cuando oyó que de la habitación del charlatán salía alguna persona, y conoció los ligeros pasos de una mujer y distinguió muy bien el roce de un vestido de seda. Detúvose un momento por discreción, y bajando luego halló en la escalera un pañuelo que sin duda era de la persona que salía del cuarto del charlatán; se acercó á una de las ventanas, y vió que el pañuelo estaba guarnecido de encaje, y que en uno de los ángulos tenía bordadas estas dos iniciales L. N. con una corona ducal. Aquel pañuelo estaba empapado en lágrimas. De pronto quiso Rodolfo acelerar el paso á fin de devolver la prenda á su dueña; mas calculando que podía interpretarse por una curiosidad impertinente lo guardó, teniendo de este modo en su poder, cuando menos lo esperaba, la clave de una misteriosa y al parecer fatal aventura.

— ¿No ha salido una mujer? preguntó á la portera al llegar abajo.

— Una mujer, no, señor: es una señora muy linda, alta y delgada con pelo negro. Sale de la habitación de Mr. César, por más señas que el Cojuelo había ido á buscar un carruaje en que ella ha entrado, y lo más raro es que este bribonzuelo se ha subido á la zaga quizás para ver á donde va esa señora, porque á pesar de su pierna coja es listo como un ardilla.

Con esto, pensó Rodolfo, el charlatán sabrá la casa y el nombre de esa señora.

— Y bien, ¿os gusta el cuarto? preguntó la portera.

— Mucho; lo tomo y mañana enviaré los muebles.

— ¡Bendito sea Dios que os ha traído por esta calle! porque tendremos un buen inquilino más. Vuestra traza es de buen muchacho, y Mr. Pipelet os querrá muy pronto. Le haréis reír como Mr. Germán que siempre tenía alguna ocurrencia feliz: mi marido no necesita más que reírse, y espero que muy pronto seréis amigos.

— Gracias, Mad. Pipelet.

— No hay de qué: os lo digo como lo siento; y si de veras sois bueno para con Alfredo, os lo agradeceré: veréis como estará vuestro cuarto; precisamente la limpieza es mi fuerte; y si los domingos queréis comer en casa os haré unos guisos que os chuparéis los dedos.



Cerró la puerta al advertir que Rodolfo la miraba.

— Corriente, V. cuidara del cuarto ; mañana traerán los muebles y yo vendré á presenciár su arreglo. Quedad con Dios y hasta mañana.

— Hasta mañana, dijo la portera.

Eran muy importantes los resultados de la visita á la casa de la calle del Templo, ya para la aclaración del misterio que quería Rodolfo descubrir, ya por el noble empeño con que buscaba ocasiones de hacer bien y de impedir el mal. Estos resultados eran : que la modista sabía la casa del hijo del Maestro de Escuela : que una joven que según todas las apariencias podía muy bien ser la marquesa de Harville, había dado al comandante y para el día siguiente una cita capaz de perderla para siempre : que un artesano honrado, laborioso y víctima de la más espantosa miseria iba á ser echado á la calle con toda su familia por el principal inquilino : que involuntariamente había descubierto algunos indicios de una aventura cuyos principales actores eran una señora que sin duda pertenecía á la alta clase, y el charlatán Bradamanti, que quizás era el abate Polidori : que la Tuerta recientemente salida del hospital, en donde entró después de la escena del paseo de las Viudas, tenía relaciones muy sospechosas con la adivina y prestamista que ocupaba el segundo piso. Recopiladas en la mente todas estas investigaciones, Rodolfo regresó á su casa de la calle de Plumet, dejando para el día inmediato la visita al notario Ferrán.

Aquella misma noche Rodolfo tenía que ir á un gran baile en casa del embajador de..... mas antes de seguir á nuestro héroe en esa nueva excursión será conveniente dirigir una ojeada retrospectiva hacia varias personas muy relacionadas con esta historia.

X

TOMÁS Y SARA

En la época de que hablamos Sara era viuda del conde Mac-Grehor, y tenía de 37 á 38 años. Sara Seyton pertenecía á una excelente familia escocesa, y era hija de un baronet, hidalgo compesino. Habiendo quedado huérfana á la edad de 17 años, y cuando podía calificarse de mujer completamente hermosa, salió de Escocia en compañía de su hermano Tomás Seyton de Halsbury. Las absurdas predicciones de su vieja nodriza habían excitado hasta el más alto punto los dos vicios capitales de Sara, que eran el orgullo y la ambición, puesto que la vaticinó que llegaría á ser soberana. La joven escocesa había tenido la debilidad de dar crédito á las profecías de su nodriza, y para fortalecer su ambición se repetía incesantemente que una adivina había prometido una